



## CON UNA ALEMANA

No era esbelta. Vestía de verde negruzco. El cabello lo tenía, no precisamente rubio, sino de un tono tostado, acaramelado, ligero como la espuma. En su pecho lucía un primoroso gallo de esmalte. El efecto que me produjo su entrada fué, al pronto, cierto amargor; sin duda temía á sus preguntas, á la desazón nerviosa que nos causan las personas-cartillas, empeñadas en saber cuanto pensamos sobre todas las cosas divinas y humanas. Para mayor dolor, el interrogatorio versó sobre política. ¡Política! Me puse de

un humor de perros. Dialogábamos así:

Yo.—A buena parte viene usted. Siempre en ayunas. A veces ignoro hasta el nombre de los ministros.

Ella (haciendo un ademán halagüeño y sonriendo misteriosamente).—¡Yal ¡Oh! Usted tendrá sus... pues... pensamientos filosóficos... sobre las cuestiones y los problemas fundamentales en su patria.

Yo.—Señora, aquí ni hay problemas, ni cuestiones, ni nada fundamental, que yo sepa.

Ella.—¡Yal ¡Ach! Much gracia... Ruégole hable seriamente. La cuestión social...

Yo.—No estoy de broma. Aquí no hay cuestiones ni problemas, lo repito. No hay sino personas. Pregúnteme usted qué pienso de Fulanito ó de Perencejo, y entonces...

Ella.—¿Fulanit? ¿Perencej?

Yo.—Bueno, *esos*... los que nos gobiernan y los que rabian por gobernarnos.

Ella (con mucha suavidad, haciéndome cosquillas en la garganta).—¡Ach! Yo le

pido me diga su dictamén (¿no es así, *dic-tamén?*) sobre las cuestiones colgadas hoy. ¿Qué piensa del avenir de la Regencia? ¿Del señor Zorrilla? ¿Del señor Peral? ¿De las elecciones? ¿De los estudiantes? ¿Qué es *borrego con pimientos*, que yo no entiendo?

Yo (cogiendo la ocasión por un cabello).—¡Ay, señora! Vea usted cabalmente sobre mi escritorio esa carta que viene de Praga. Mi corresponsal es un estudiante; me escribe en español, y me pide autorización para traducir algunos libros y artículos míos á la lengua *tchéque* ó bohemía, destinando las traducciones á las Bibliotecas de enseñanza para los estudiantes y á los periódicos especiales destinados á la juventud escolar. Y añade que esa juventud se encuentra hoy en ebullición ó fermentación muy honda, combatiendo por nuevas ideas, y principalmente por la emancipación de la mujer...

Ella (aprobando muy fuerte con la cabeza).—¡Ya! ¡Wohl! ¡Ya!... Esto, en Bohemia y Hungría, hierve mucho...

Yo.—Y añade que á esa irrupción de ideas se debe la apertura del primer gimnasio ó establecimiento de enseñanza para las mujeres en el Imperio austriaco. A mí la carta me ocasiona una satisfacción muy grande: en primer lugar, porque á cualquier autor le halaga una petición así (y sería muy inmodesta si no lo confesase), y en segundo, porque veo que hay por esos mundos de Dios estudiantes que, en vez de salir gritando: «¡Viva Sagasta y viva la libertad!» como si todo fuera uno, aspiran á *libertades positivas*, y para los demás, para quien las ha menester, que es miel sobre hojuelas.

Ella (abriendo mucho la boca y enseñando unos dientes emplomados).—¡Ach! ¿Es así que los jóvenes escolares no tienen aquí ideas políticas?

Yo.—Miguel de Escalada, un escritor satírico, ha dicho que hoy por hoy sólo tenían la de no estudiar; no opino como él; creo que en todo tiempo hubo estudiantes asiduos y otros reñidos con los libros; pero afirmo que la juventud con-

temporánea española carece de ese entusiasmo ideológico, que es como el bullir de la savia en las plantas jóvenes. Por eso el ¡*Viva Sagasta!* de muchos se podría traducir así: ¡Viva el punto largo!

Ella.—¿Punto largo?...

Yo.—Vacaciones.

Ella.—¡Ach, ach! Comprene. Ahora ya la cuestión no son los estudiantes, sino los sufragos.

Yo.—Las elecciones. ¡Ay! Sí, señora. Ese sublime derecho y privilegio que ya disfrutaban casi todos los españoles del sexo masculino, va á ser ejercido por vez primera, con la solemnidad y elevación que el caso pide. Consideremos el mecanismo en su interior majestuosa funcionalidad. Tomemos para ejemplar de estudio una casa: la de la marquesa de Pleitoperdido. Residen en ella los siguientes electores ó futuros electores: Simón, cochero, que vota por quien le manda su ama; Pelayo, lacayillo y botones... que figúrese usted, si tuviese edad; Simplicio, mozo de comedor... que lo propio que Simón; Cansordo

portero, que—...Item más; la influencia de las ideas políticas de la Marquesa aún se extiende á otros dos ó tres ciudadanos votantes: Zanganal, marido de la lavandera, borrachín de oficio; Hambronerero, desdichado padre de familia á quien la señora empleó en no sé qué asilos ó establecimientos de beneficencia; Embutido, sobrino de la doncella, colocado por recomendación de la señora en la tienda de enfrente. Dirá usted que esto es una tiranía, una ilegal imposición de la Marquesa. Suba usted al segundo piso de la misma aristocrática mansión. En él vive un abogado de acreditado bufete. Este se lleva consigo ¿qué cosa más natural? á los pasantes, á los padres y hermanos de los pasantes, á los escribientes, á los criados (por supuesto), amén del novio de la cocinera y de un maestro de obras á quien defiende en un asunto de contrata y que trae contingente de albañiles. Ascienda usted más: entremos en el tercero. Hábitalo un maestro de piano, que se siente con ánimos para componer la música de una zarzuelita, y

aspira á que cierto periodista festivo escriba la letra y le recomiende al director de un teatro muy popular. Como el bendito no quiere nada de política, él votará por quien el periodista señale. Encaramémonos á las buhardillas. En la de la izquierda reside un cobrador del tranvía, con cinco hijos, que caben bajo un cesto. ¡Pobre diablo! Votará con quien le manden... y cartuchera en el cañón. En la de la derecha se aloja un agente de orden público. ¡Ese sí que dará ejemplo de independencia á todos! Y mire usted: el sublime derecho les importa tanto... que si no fuese por los compromisos, ni harían uso de él.

Ella.—¡Oh! Yo comprende mal algunas cosas... El fondo entiendo: á usted el sufragio parece letra difunta... ¿se dice así?

Yo.—Así, ó letra muerta, señora, si usted lo prefiere.

Ella.—¿Y en los campos? ¿Será lo mismo como en Madrid?

Yo (admirando al trasluz el color bonito de su pelo).—¿En los campos? Allá

donde yo nací, en la tierra gallega, á estas horas, rebaños de labriegos serán conducidos á votar, atraillados como galgos... moralmente, por supuesto. Los de mis lugares, verbigracia, votarían por quien yo le ordenase al mayordomo. Y se acabó. ¡Señora! (Exaltándome.) El ejercicio del derecho electoral pide cultura, sentido político, patriotismo, pide mil circunstancias... ¿Qué significa ese derecho para la inmensa mayoría de los mortales? ¿Ha visto usted cosa más injusta que la igualdad? Goëthe... su divo Goëthe de ustedes... no creía que el alma de Wieland pudiese disolverse ó absorberse en el Todo como el alma de un cualquiera. Ya se vé que hay clases, hasta en las almas. Yo desearía que el sufragio universal se entendiese así: Fulano (insigne por su saber, sus estudios, sus trabajos), vale diez mil votos. Zutano (ilustre por su integridad, su honrada gestión de los negocios públicos, su elocuencia, sus servicios á la patria), veinte mil. Equis (artista eximio), cinco mil. Zeta (dama opulenta é

inteligente, fomentadora de la agricultura, de la industria, del arte), quince mil. Y así... hasta sumar el número de unidades con ceros á la derecha que necesitamos para tener Cortes, sin las cuales, como usted no ignora, nuestra existencia es imposible.

Ella.—¿Usted... no es democrática?

Yo.—Si la democracia consiste en la farsa universal del sufragio, le aplico aquellas palabras del Coriolano de Shakspeare, que diré en inglés para que las entienda menos gente:

«Who deserves greatness  
deserves your hate: and your affections are  
a sick man's appetite, who desires most that  
wich would increase his evil...»

Ella (abriendo más la boca, hasta mostrar una garganta oscura).—¿Entonces es usted conservadora?

Yo.—¡Si viese usted, por mi gusto, qué pocas cosas conservaría!

Ella.—¿Y qué procedimientos son los

del Sr. Cánovas, me dirá usted, cuanto á Gobernación *pratique?*

Yo.—Los mismos que empleaba Sagasta. Observo que no se habla tanto de inmoralidad administrativa; por lo que toca á procedimientos políticos, no noto gran diferencia. Acaso la haya, pero no la noto. Unas miasmas de proteccionismo agrario, y muchos candidatos con títulos de nobleza. Las Cortes serán un salón. Si eso significa que la aristocracia se propone sacudir su distinguido letargo, ¡bien! aplaudámosla y aguardemos á ver cómo se luce.

Ella.—¿Piensa usted que los españoles sienten verdadero entusiasmo monárquico por la Regencia y la dinastía?

Yo.—¡Señoral Parece usted el padre Astete. Contestaré indicando un síntoma, y usted juzgará. Castelar, el gran simpatizador de esta monarquía, ahora llama á lo actual *perro*, y dice que, muerto el perro, se acabó la rabia. . . . .

.....  
Ella.—(?).

Yo (Verbosa, molestada ya por la prolongación de la visita).—Cada nación tiene el Gobierno que puede tener. Renegar del Gobierno, vale tanto como renegar de nosotros mismos, en cuanto parte integrante de la nación. Usted habrá leído á Mably, que es el verdadero predecesor de Juan Jacobo, aunque está así... medio arrinconado. En su tratado de los *Derechos y deberes del ciudadano*, recuerdo una frase: «Los ciudadanos instruidos en sus derechos y deberes se impondrían á un Gobierno asaz poderoso para violar la ley. Donde el público estima y considera á los patriotas, los magistrados de una República serán de suyo celosos protectores de la libertad: entre ellos surgirán tribunales.» Ponga usted, en vez de *libertad*, las muchísimas cosas que aquí hacen falta... y crea que el día en que España quiera producir esa hornada de *hombres útiles* que ha menester, la producirá. Hasta los actuales zánganos se volverían abejas. Hoy... ¿quién se mete á ser útil? Para que le *tomen el pelo*...

Ella.—¿Hei? ¿Cómo?

Yo.—Quiero decir que aquí pasa por muy risible el que atribuye más importancia, v. gr., á los asuntos penitenciarios ó educativos que al último cuchicheo de dos peces gordos, de esos que, en vez de ser comidos, comen. Aquí la política es muy alegre. Estamos enfermos de risa, anémicos á fuerza de buena sombra, dislocados por nuestras contorsiones de payaso, ahitos de frivolidades que encubren el egoísmo del vividor y la cuquería del aprovechado, á quien las ideas, esas locas históricas, comprometen con sus desaforados gritos.

Ella.—No comprende bien...

Yo. (Sin hacerle caso, deseando quitársela de delante.)—Y la nación se se gobierna á chistes. ¿Que pelagra nuestro crédito exterior, ó nuestra paz, ó nuestra honra? A buscar un *buen golpe*, una ocurrencia que inutilice á los bobos convencidos de que, como dijo Renán, lo único verdadero son las cosas serias.

Ella.—Usted cree no haber aquí nadie

que pretenda verificar... así... yo no mi explica bien... una política... tiesa...

Yo.—¿Recta, quiere usted decir?

Ella.—¡Yal ¡Yal! ¿Recta, fuerte, nueva, sin interés de él mismo, ó antes los del pueblo?

Yo.—¡Ay, señoral! Ése sería, ó un grande hombre, ó al menos un hombre original; y en materia de originales, hace una temporada que sólo nos ha salido D. Enrique Laorga, candidato conservador á diputado provincial por el distrito de la Inclusa. Este señor dió un manifiesto á las cigarreras madrileñas, contándolas como elemento electoral, á ejemplo de lo que sucede en los Estados Unidos. ¿Y qué puntos de originalidad creará usted que calza el buen señor? En vez de decirles lógicamente á esas pobres mujeres: «Vosotros debírais tener voto, con igual derecho que lo tienen vuestros hermanos, esposos é hijos», lo que hizo fué aconsejarlas que intrigasen, que influyesen con esos hijos y hermanos para que le votasen á él, al Sr. Laorga. Yo he pasado mucho

tiempo entre cigarreras, en la Fábrica de Tabacos de mi pueblo; y á fe que conozco allí bastantes mujeres que en inteligencia y sentimientos de amor patrio no le ceden á ningún elector del Sr. Laorga. El cual creerá que dando ese pasito tímido en favor de su candidatura, ha obrado como prudente; porque ¡Dios nos libre de plantear de una vez las reformas y de realizar pronto los actos de justicial! El caso es huir del radicalismo, dar tiempo al tiempo, no precipitarnos, y dejar para dentro de un siglo lo que podría hacerse en el mes entrante...

.....  
Aquí me eché á reir, nerviosa y alterada... y vi que estaba sola. Mi alemana se había evaporado. Sólo quedaba sobre la mesa una botella vacía, marca del Gallo, en Bremen.

